

XAVIER MINIA

Aline Peterson



Nueva Biblioteca del Niño Mexicano



SEGOB



**MÉXICO
2010**



XAVIER MINA

Aline Peterson

APENAS DESPUNTAN LOS PRIMEROS RAYOS DE SOL Y las aves empiezan a despertarse y a trinar agradeciendo la llegada del día que no verá terminar Xavier Mina. Ya se alista el pelotón de fusilamiento que va a ajusticiarlo por orden del mariscal realista Pascual Liñán.

Mina piensa en sus padres, Juan y María. Piensa en sus hermanos y en ese campo verde que labraba su padre; en el primer caballo que tuvo en la vida, Pimienta, con el que recorría los sembradíos. Piensa en la vacas pastando tranquilas y en cómo él prefirió los estudios al campo. ¿Qué habría sucedido si me hubiera quedado con ellos?

Los pájaros cantan con más fuerza y Xavier sabe que sólo le quedan unos cuantos minutos. Ve revolotear a una pareja de tordos que se esconden entre las ramas. Tiembla por el frío de la mañana. No debo

temblar. No vayan a creer que es de miedo. Y miedo no tengo, tengo rabia por haberse acabado tan pronto mi campaña.

Camina junto al pelotón en el cerro del Borrego. Los borregos que pastaban en las tierras de mi padre, y es en este cerro donde veré la luz por última vez. Pero la lucha me llamó siempre, piensa sacudiéndose una hoja que le roza la cara. Quise ser un soldado valiente y creo que lo fui. Si lo fui, vive Dios.

Los hombres van trepando por la ladera hasta el sitio y Mina no deja de recordar las aventuras pasadas. Tantas batallas: primero en España contra el ejército de Napoleón. Sí, ahí aprendí a luchar con fiereza, como un soldado bravo que no retrocede ante el peligro. En su vida aprendió a luchar y también a huir cuando fue necesario, a Francia o a Inglaterra cuando se puso a guerrear contra el rey Fernando VII, a quien antes había defendido de los franceses. La vida es curiosa: primero defiende al rey, defiende a España y luego debo luchar contra el poder de ese mismo rey, como lo he hecho aquí, en este país por el que he peleado con ahínco.

Cómo recuerda sus conversaciones con fray Servando Teresa de Mier; cómo disfrutó las largas charlas has-

ta altas horas de la madrugada, cuando debían cambiar las velas consumidas por otras nuevas, mientras planeaban zarpar a la Nueva España.

Camina dos pasos adelante; la cumbre no queda lejos. La cumbre donde se ubicará el pelotón para fusilarlo. Pero aún hay tiempo para recordar mientras camino por esta brecha, mientras camino rodeado por los soldados realistas. Escucha el zumbido de una abeja muy cerca de su cara. No vaya a picarme, que ya me picarán las balas muy pronto.

Tres barcos fleté para venir a estas regiones y me siguió mucha gente. Eran como yo: luchadores por la justicia, soldados atrevidos. Entonces yo estaba seguro de que valía la pena venir a estas regiones, fray Servando tenía razón. Un pueblo que brega por su libertad debe ser auxiliado.

¿Qué dirán mis padres cuando sepan que morí en estas tierras lejanas? ¿Llorará mucho mi madre? ¿Y mis hermanos? ¿Y mis viejos amigos de infancia? ¿Qué dirán los de mi pueblo de Otano? ¿Se acordarán de mí? Recuerdo las mejillas rojas como manzanas de Pilar, la hija del molinero. Pienso en don Felipe, el cura del pueblo, y en las campanas de la iglesia llamando a misa, que nunca volveré a oír. Pronto dejaré de oír también las de





este pueblo, que llaman ahora. Llaman para que muestre que he sido un soldado valiente.

Otro paso adelante y el aire le roza las mejillas y le alborota el pelo, y una gota de rocío le toca la nariz. Me mojé la gotita de agua, pero a veces el agua falta, como me sucedió en los barcos que fleté con mis soldados para venir a combatir. Atracamos en la desembocadura del río Bravo. Vaya, cuánta sed tuvimos entonces, pero de eso ya pasaron siete meses. ¿Apenas siete meses? Parece que pasé una larga vida arrostrando peligros. La vida del guerrero es muy corta y muy larga a la vez.

El paso prosigue y los conduce a la cima del cerro. Aún faltan muchos. Ya se callaron las campanas de la iglesia, los que no se callan son mis pensamientos, porque quiero recordar todas mis batallas. En unas vencí, en otras fui derrotado, hasta llegar a esta última en que de veras perdí, como pronto perderé la vida. Es la ley de la guerra. A Pedro Moreno, mi fiel compañero, lo fusilaron, y también a muchos otros; a mí me dejaron hasta el final. Se vuelve a ver a los soldados que lo guían en silencio con sus armas al hombro, esas armas con las que me apuntarán muy pronto. Pero sí que valió la pena luchar con tanto arrojo.

Anoche les escribí a mis padres una carta que tal vez no reciban; la pluma no resbalaba bien por el papel y pensé en la imprenta que traje y con la que imprimí las proclamas. Pero una carta no se escribe en la imprenta, que de todos modos ya no tengo. ¿Cómo podría tenerla si nos sorprendieron de noche, mientras dormíamos? Vaya sueño pesado el que he tenido siempre. No me di cuenta del ataque hasta que nos atraparon en la oscuridad de la noche. Me ataron como si fuera una fiera, y sí he sido una fiera para la lucha... en la hacienda del Venadito, y los venados corren velocísimos, pero nosotros no pudimos hacerlo.

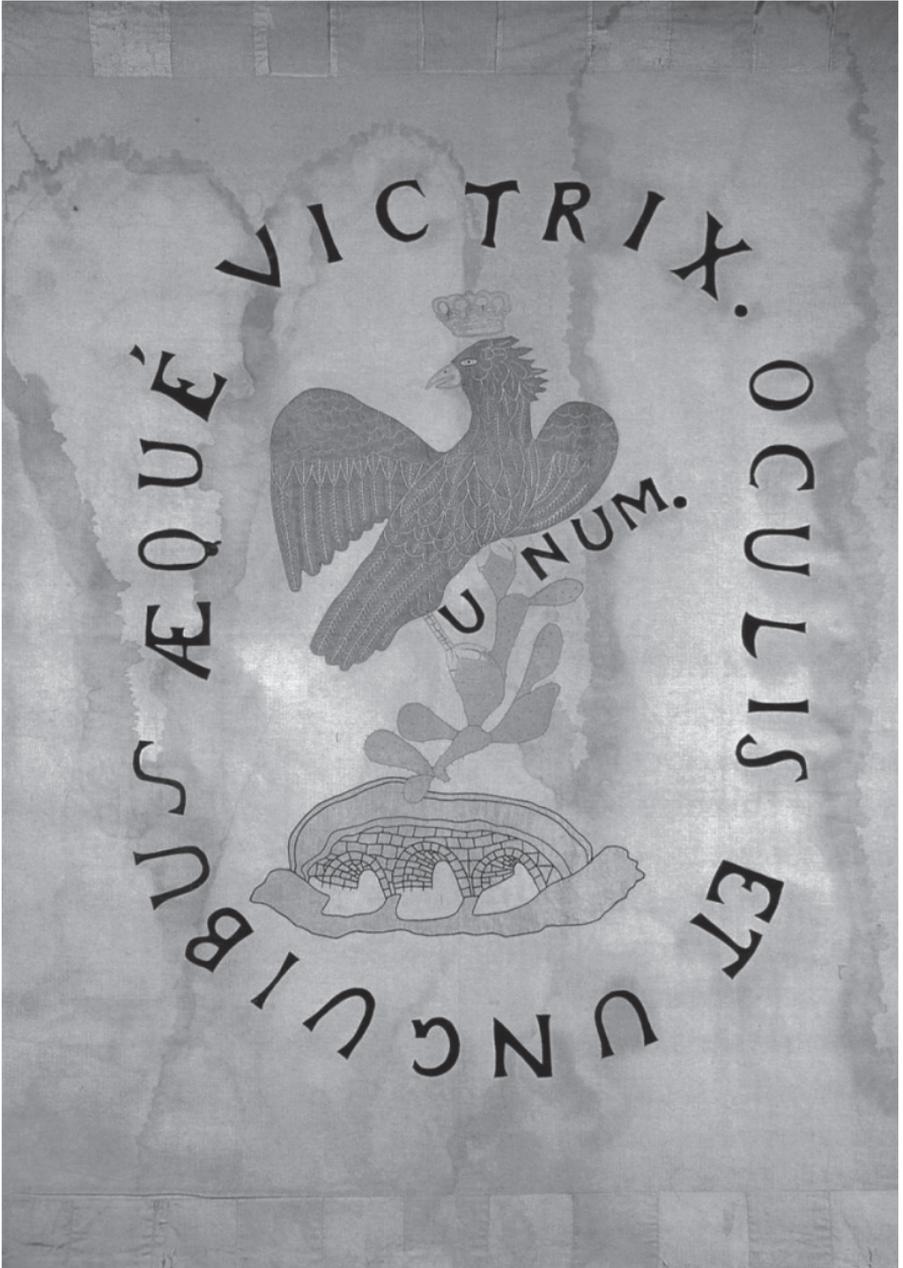
Se agita la hierba del monte por la carrera de una liebre que se oculta con prontitud. Y sí, como liebres corríamos todos en el ataque y la defensa. Qué buena batalla dimos en la hacienda de Peotillos. Dos mil realistas luchaban contra nosotros, pero los vencimos con mucho valor aunque éramos menos. Recuerdo nuestra alegría con la victoria. Vaya que la celebramos. Y yo pensé que la victoria nos iba a acompañar siempre.

Los pasos resuenan por el monte, son los pasos de los soldados y de Xavier Mina, que siguen trepando. Un águila vuela veloz por los aires. Quién fuera águila para remontar las alturas y no un hombre que va rumbo a su

muerte. Lo que no voy a perdonar nunca son los cintarazos que me dio el coronel realista Orrantia; eso no lo perdona un soldado. ¡Mal rayo lo parta!

Me llevaron al campamento de Liñán, que había ofrecido quinientos pesos por mi cabeza. Yo me reí cuando lo supe: así que a mi cabeza le habían puesto precio, y un precio muy alto. ¿Quién habrá cobrado la recompensa?... ¿Orrantia? ¿El soldado que me aprehendió? Es lo de menos, alguien tiene esas monedas. Pero más obtuve yo en la victoria de la hacienda del Jaral. Trescientos mil pesos en oro y plata. Ésa sí que era una buena cantidad para apertrearnos bien.

Una víbora pasa silbando por entre los pies de los hombres y un soldado le dispara. El primer disparo, los otros llegarán pronto, piensa Xavier Mina. Caí vencido por Orrantia, que ya me había hecho sufrir una derrota en la hacienda de la Caja, pero no fue como ésta. Pudimos replegarnos y salvar la vida. Orrantia buscaba mi cabeza. Sí, él debe de haber cobrado la recompensa. Eres un militar arrojado, me dijeron en España, y también aquí. Sí, creo serlo, yo, Xavier Mina, general del Ejército Auxiliador de la República Mexicana. Eso he sido, un auxiliador en esta lucha que se va a ganar aunque yo ya no lo vea.



A Mina le brillan los ojos, está pensando en aquel caballo, Pimienta, que montaba en el campo con su padre. Qué verdes praderas las de mi pueblo y qué grato es cabalgar. Recuerda los setecientos caballos que tomaron de los realistas en la hacienda del Cojo. Fueron muchos corceles y vi uno que me recordó a Pimienta, en aquellos tiempos felices. Todos nos pusimos contentos con esa reunión de caballos, y qué bien nos sirvieron. Eran tiempos buenos para nosotros.

Sigue Xavier caminando hacia su destino, la cumbre se ve casi enfrente de ellos. Las armas chocan contra las piernas de los soldados. Uno, dos, uno, dos, marchan impávidos, en silencio.

Desembarcamos en Soto la Marina después de viajar por mucho tiempo buscando más gente dispuesta para la lucha. En realidad, creo que he viajado mucho, tanto a Haití como a las Antillas y a los Estados Unidos, pero también a Inglaterra y a Francia; bueno, en Francia estuve prisionero cuando me apresaron las tropas de Napoleón. Pero eso pasó hace mucho tiempo y a mí me han sucedido cosas buenas y malas. Y claro, fui a Inglaterra, de donde partimos fray Servando y yo llenos de ansias de lucha por la independencia de estas tierras. Cómo nos arrebatábamos la palabra, cómo ima-

ginábamos las batallas, aunque a él lo tomaron preso en la guarnición de Soto la Marina y lo llevaron al castillo de San Juan de Ulúa. ¿Cómo le habrá ido? ¿Se habrá podido escapar de la prisión? Ya no lo sabré. Pusimos los cañones de nuestros tres barcos para defenderla, pero finalmente los derrotaron mientras yo guerreaba por otros sitios.

Xavier se tropieza con una piedra y, como va atado, está a punto de caer, pero se libra de que le suceda. No, no puedo caerme, no les voy a dar el gusto de verme en el suelo, piensa mientras retoma el paso. Y la tranquilidad lo invade, una extraña tranquilidad que no va a abandonarlo. Un soldado muere siempre con la cara en alto; batallas gané y batallas perdí: es la ley de la guerra. Hasta que llega el final de cada quien y el final de esta guerra que ganaremos, porque yo estaré en ella en espíritu hasta el triunfo. Vamos a obtener la victoria, estoy seguro.

El cielo todavía está pintado de rosa y el sol sigue su viaje por los cielos. Unas gotas de sudor le escurren a Xavier por el rostro. Jadea un poco por la caminata y por el tropiezo que acaba de sufrir, pero no puede enjugarse las gotas porque tiene las manos atadas, así que le ruedan por las mejillas hasta el cuello.

Ya están muy cerca de la cumbre, los pasos se siguen uno detrás del otro, los pájaros revolotean entre los arbustos. Han llegado y Xavier Mina se dispone a enfrentarse con su destino. ¡Preparen! ¡Apunten! ¡Fuego!

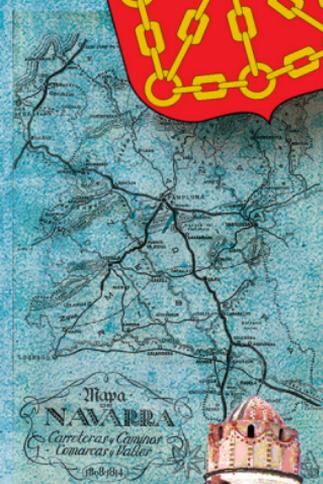
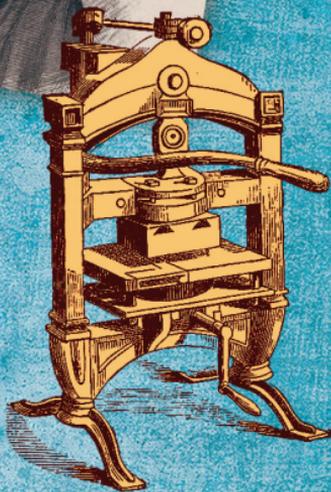




Francisco Ibarra y Mauricio Gómez Morin,
diseño de la colección; Mauricio Gómez Morin
ilustración de portada; Mauricio Gómez Morin, Tania Juárez y Carlos Lara,
ilustraciones de interiores; Gerardo Cabello y
Javier Ledesma, cuidado editorial.

D. R. © 2009, Instituto Nacional de Estudios
Históricos de las Revoluciones de México
Francisco I. Madero, 1; 01000 San Ángel, México, D. F.

Nueva Biblioteca del Niño Mexicano



SEGOB



MÉXICO
2010

